



Análisis de “Los dos reyes y los dos laberintos”

El texto de Borges “Los dos reyes y los dos laberintos” pone en juego una de las figuras propiamente borgeanas sin nombrarla directamente, a saber, el espejo, y, de la mano de éste, lo doble. La hipótesis de lectura aquí manejada es que “Los dos reyes...” presenta una estructura especular donde se oponen un orden divino y un orden humano, y que esta estructura se cimenta sobre dos grandes instancias narrativas sostenidas a su vez sobre dos temporalidades. Una primera instancia se identifica con la voz del narrador del relato y se apoya mayoritariamente en un tiempo presente atemporal, donde abunda un campo semántico vinculado con lo religioso. Una segunda instancia se corresponde a la acción propiamente dicha, esto es, a lo que acontece en el relato, construido con los tiempos pretéritos perfecto e imperfecto, donde el campo semántico que prevalece está definido por las intrigas políticas del orden humano.

Antes de comenzar con el análisis propio de “Los dos reyes”, cabe traer a colación que en la edición del cuento en *El Aleph*, aparece la nota: “Ésta es la historia que el rector divulgó desde el púlpito. Véase la página 157” (Borges, 2007: 167). Esto sugiere que el cuento que el lector tiene en sus manos es en realidad un relato dentro de otro relato anterior, “Abenjacán el Bojarí, muerto



en su laberinto”. En un compendio titulado *El Aleph*, donde la multiplicidad y el infinito son un Leitmotiv, esa breve nota es particularmente significativa. Efectivamente, ya desde aquí se empiezan a multiplicar las voces narradoras como un fractal. La nota introduce a un nuevo narrador (que hace las veces del autor Borges o del editor de *El Aleph*, imposible determinar a ciencia cierta quién habla) y que une a un cuento con el otro. Esto cambia completamente la lectura, ya que si hay que creer en la nota, en “Los dos reyes...” estamos ante un relato enmarcado, enunciado por un personaje (Allaby, de “Abenjacán”) y por lo tanto no con un narrador omnisciente, como podría parecer si se omitiera esa nota.

Este nuevo narrador comienza a enunciar en un presente atemporal: “Cuentan los hombres dignos de fe (pero Alá sabe más)” (íd.: 169). Su voz vuelve a aparecer en forma de una observación también en presente, en “la confusión y la maravilla son operaciones propias de Dios” (íd.) y en el final con la lapidaria “la gloria sea” (íd.: 170), con un presente esta vez del subjuntivo.

Este tiempo verbal tiene un valor que excede al tiempo de la narración. Lo enunciado es válido siempre, es una máxima universal. No es casual que este tiempo más allá del tiempo esté siempre en relación con Dios y que abunden las palabras asociadas a lo religioso: la gloria, la fe, Alá, el “Poderoso”. Los



verbos aquí son de proceso o de estado (contar, saber, ser, morir, haber). Tanto en boca de Allaby como en boca del rey árabe, el presente queda adjudicado al tiempo de la divinidad. Así, el otro rey, el que no muere, sentencia que su laberinto (el laberinto de Dios, el desierto) es uno donde “no hay escaleras que subir, ni puertas que forzar” (íd.). Los infinitivos que describen a este laberinto sobrehumano, por su parte, refuerzan ese vértigo de la eternidad a través de la ausencia de la flexión temporal.

En contraste con este tiempo infinitamente presente está el tiempo de los hombres, que a su vez tiene un lugar concreto: Babilonia, Arabia, el desierto. Es el tiempo y el espacio de la política, de los varones, de los arquitectos e incluso el de los reyes y de los magos. Todos ellos, independientemente de su jerarquía, en tanto mortales, están atados a alguna de las formas del pretérito, sobre todo del perfecto, de lo que empezó y de lo que indefectiblemente tuvo que terminar. Predominan, asimismo, los verbos de acción. Así, el rey de Babilonia “congregó”, “mandó”, “hizo”. El rey árabe “vino”, “vagó”, “imploró”, “regresó”. También las obras humanas que podrían trascender a quienes las construyeron están, sin embargo, aferradas a su final. Ese laberinto perplejo y sutil de Babilonia no es, sino que “era un escándalo” (íd.: 169), a pesar del empeño y la posible magia puestos sobre él.



En cuanto a lo que sucede en concreto en el relato, se trata de una venganza, otra figura borgeana. La venganza está subordinada al tiempo y a las correlaciones temporales de las acciones iniciadas por los hombres. En el relato de esta venganza aparecen los circunstanciales y conjunciones temporales. Hacen su aparición también los días como medidas de tiempo: en los primeros vivió el rey de Babilonia, en alguno el rey de Arabia le mostraría al de Babilonia su laberinto, son tres los que cabalgan los dos reyes hacia el desierto. Los “luego” y los “entonces” encadenan las oraciones, en contraposición con las intervenciones del narrador, donde no hay causas ni consecuencias, ni antes ni después.

En suma, el cuento tematiza los límites del ser humano ante Dios. Hipotéticamente, para lograrlo construye dos planos narrativos, uno donde prima la voz de un narrador falsamente omnisciente (si se sigue la nota al pie de la edición de *El Aleph*), otro donde se desarrollan las acciones humanas en el ámbito político. La gramática sostiene estos dos órdenes mayoritariamente a través de los tiempos verbales utilizados (presente en uno, pretérito perfecto en otro) y, semánticamente, mediante un campo léxico religioso por un lado donde se privilegian los estados y los procesos (lo cognitivo o intelectual, en otras palabras) y un campo léxico vinculado con lo político por el



otro, donde las acciones y las tramas típicamente humanas están a la cabeza.

BIBLIOGRAFÍA

Borges, J.L. (2007). "Los dos reyes y los dos laberintos". En *El Aleph* (pp. 167-170). Emecé.

Cátedra: *Lengua española I*, del Traductorado de Alemán, turno vespertino.

Autor: María Cecilia Villafañe